

MI AMIGO KUKI

Hoy os quiero presentar a otro amigo. Su historia es bastante triste, aunque también tiene su aspecto bonito y alegre.

Llegué a Peguerinos un sábado por la tarde. Paré el coche en la verja de la entrada, para abrir y poder entrar. Al bajar y poner pie en tierra se me acercó un perro, todavía jovencito. Era un pastor alemán de color muy oscuro. El lomo tenía el pelo casi negro.

A distancia se me quedó mirando. Yo le saludé, como hago a todos los animales, cuando no hay gente que puedan pensar que estoy un poco loco y le lancé un cortés “¡Hola!”

El perro desconocido se dio cuenta del saludo, hizo un gesto de acercarse, adelantando sus patas delanteras y tocando con su pecho el suelo, se quedó mirando fijamente.

Yo me acerqué un poco a él y le repetí el “¡Hola!” Inmediatamente se levantó y se retiró de mí. A distancia me seguía mirando, pero con desconfianza. Aceptaba y no aceptaba mi saludo como ofrecimiento de amistad. Pero no se fiaba de mí. Repitió varias veces el mismo gesto. Se acercaba y se retiraba. Yo interpreté lo que me quería decir:

-¡Hola! Sería bonito que fuéramos amigos. Tengo necesidad de amigos. Yo puedo dar mucha amistad. Soy experto en amistad, como todos los perros. Pero no se puede fiar uno de nadie. ¡Cualquiera sabe! Si yo te contara mi vida, aunque corta, tiene mucho de tragedia y desengaños. ¿Te has dado cuenta de lo que habéis llegado a ser los hombres? En principio, las cosas no debieran ser así. Yo todavía no sé si ser optimista o pesimista. Tengo toda una vida por delante.

Yo leía perfectamente el pensamiento del perro desconocido. Pero no le podía decir nada. Yo pensaba lo mismo que él. Me encontraba en la misma situación existencial.

Pero yo tenía que entrar en la casa. Me tenía que despedir de él y cortar la conversación. Me daba pena tener que cortar un diálogo tan importante. Entonces le dije:

- Bueno, amigo, me tengo que ir y te debo dejar. Me da mucha pena no poder seguir contigo, pero... es la vida. Si nos volvemos a ver otra vez, dime algo, aunque sea un breve ladrido. Yo te lo agradeceré. Aunque, quién sabe, si nos volveremos a ver en otra ocasión.

El perro no se movió de donde estaba. Permaneció en su sitio y me seguía mirando. Yo me metí en la casa con la cabeza baja, como si estuviera avergonzado.

Durante la semana me acordé muchas veces del perro desconocido. Entonces pensé que desde el momento en que yo me acordaba de él, ya dejaba de ser “desconocido”. Era el perro de un momento irreplicable de mi vida. El corazón me decía que era así.

Al jueves siguiente yo tuve una reunión con chicos mayores en Prim. Yo miraba a estos muchachos y muchachas de un modo distinto. El encuentro con el perro “ex desconocido” me había hecho cambiar por dentro. Empezaba a mirar a los chicos que estaban delante de mí y a todos los muchachos del mundo como si fueran perros que decían, sin

decirlo, lo mismo que mi “perro encontrado”. Querían tener amigos. Necesitaban amistad y amor para ser felices y ser ellos mismos, pero no se fiaban de nadie. Sospechaban que todo el mundo les quería engañar, atrapar, explotar, “meterle sus ideas”, o como decía uno de ellos, “llevar el ascua a su sardina”.

Yo empecé a hablar conmigo mismo como si fuera una lamentación dolorosa:

-¡Pobres perros y pobres muchachos! Estáis sedientos de amor y de amistad. Buscáis este mundo maravilloso y al mismo tiempo lo rechazáis y lo destruís. Pero al final os dejáis coger en la trampa y picáis el anzuelo. Os ofrecen algo que tiene la apariencia de amor, de amistad, de felicidad y os lo tragáis sin daros cuenta de que es la destrucción del mundo que añorabais y buscabais. Habéis caído en el truco de la estampita. Por pasaros de listos, hacéis, sin saberlo, el perfecto “g.p.”.

Al sábado siguiente volví a Peguerinos. Paré el coche en la puerta como siempre. Abrí la verja, la volví a cerrar. Cuando me disponía a entrar en la casa, oí fuera, en la calle, un silbidito especial. Al volver la mirada me dio un vuelco el corazón. ¡Era el perro del encuentro! Inmediatamente salí a verlo y agarrándome a las rejas lo vi.

Quedé horrorizado. Al mirarme el perro y yo mirarle a él me di cuenta de que tenía de que tenía el ojo izquierdo encharcado en sangre. Pero él me miraba como si no le pasara nada. Sólo me miraba a mí. No se preocupaba de su ojo ensangrentado. Yo no sabía qué decir, me había quedado mudo y mi corazón latía fuertemente. Una tristeza infinita se apoderó de mí. Cuando pasó un rato de silencio, le fui diciendo, bajito y lentamente:

-¡Pobre amigo mío! ¿Quién te ha hecho eso? ¿Cómo es posible que haya alguien en el mundo que sea capaz de hacer algo así? ¡Yo no sé lo que puedo hacerte! No sé si curarte o dejar que se te cure solo. Me sentí tan impotente, tan desvalido, tan entristecido, que solamente me salió una oración a Dios pidiéndole que ayudara a mi amigo.

La semana siguiente fue muy triste para mí. La historia del perro del ojo sangrante me recomía en mi interior. Yo conté la historia a algunos amigos y me di cuenta de que las personas a quienes se la contaba, a pesar de ser amigos y ser gente de gran sensibilidad espiritual, no le daban importancia a la historia. Pensaban que hay tantos perros y tantas heridas en el mundo que no podía hacerse mucho caso a una historia más. Yo me cabreé y me prometí no contar a nadie más la historia de mi amigo, que es algo mío personal. No sé por qué os la estoy contando ahora a vosotros.

Volví a tener reunión de jueves. Reconozco que yo no soportaba la reunión. Todo me parecía insulso. Las discusiones de mis amigos de jueves me parecían “chorradas”, repipeces. Todo me parecía superficial y frívolo. A través de estas conversaciones yo veía que jamás podríamos ser amigos y sin embargo, en pocos minutos de encuentro con mi amigo el perro, había sido suficiente para que el dolor de su ojo se convirtiera en dolor de mi corazón y de mi alma.

Pero todo se agravó cuando por la noche, al marcharme de Prim y esperando el metro en el andén, me encontré con un chico que, andando muy despacio y tambaleándose, se iba inyectando en la vena de su muñeca izquierda la maldita droga. Parecía que quería inyectarse delante de gente y que estaba pidiendo que se lo impidieran. Por el andén paseábamos otro señor y yo. No podíamos decir nada. No podíamos hacer nada. El derecho constitucional de hacer cada individuo lo que le guste y le apetezca nos tenía atados. ¿Quién puede afirmar que drogarse es malo? Cada uno tiene su opinión. Todo no es más que opinión. Nadie puede cambiar ni enseñar a nadie.

Al día siguiente, por la noche, en la escalera cerca del autobús junto a Cibeles, otro muchacho, sentado en esa escalera, se estaba inyectando. La mano con que sujetaba la jeringuilla le temblaba y le salía sangre, que él se limpiaba con un papel que tenía en el suelo cerca de él. Me acordé de mi amigo del ojo sangrante. ¡Pobres perros y pobres muchachos! ¿Qué podemos hacer? ¡Necesitamos amigos de verdad!

Pero volvamos al sábado siguiente. Al parar el coche, estaba ya esperándome mi amigo. Esta vez me miraba sin desconfianza. La herida había cicatrizado. En el fondo de su ojo vacío había quedado como un botón rojo. Yo le acerqué la mano y él puso su frente bajo mi mano. Yo le acaricié, le di unas palmaditas en el cuello y en el lomo y le dije:

-Amigo, qué guapo estás. No te preocupes ni tengas complejo por tu ojo. Parece una joya que lleva engastado un coral o un rubí. De ahora en adelante será tu sello personal y no habrá otro perro igual a ti. Yo hoy quiero ponerte un nombre intransferible. Yo quiero que te llames para mí, Kuki, yo quiero darte una bendición especial que sea como un bautismo. Le acerqué mi mano para posarla sobre su frente y le hice la señal de la cruz. Al retirar mi mano me dio un beso en ella con su lengua como para decir: “Amén”.